

el
cantor
no es
luz,
es
espejito...



[Signature]

Daniel Viglietti

Esta entrevista, previamente combinada por teléfono y realizada en el bar "La Paz" de la porteña esquina de Corrientes y Montevideo, tuvo algunas alternativas pintorescas antes y durante. Daniel llegó apurado, algo retrasado para encontrarse con el cronista de NUEVA VIOLA, de quien guardaba algún lejano recuerdo de viejos y juveniles tiempos en la ciudad de Minas. Pero si el exilio y los años no modifican la memoria, modifican sin duda la apariencia. Sacándose la gorra, el cantor saludó al ostensible uruguayo que estaba parado en la puerta del boliche. Se paró y comentó: "Llegué tarde, quedé de encontrarme con un amigo minuano y se ve que ya se fue". Sacude la cabeza, se pone la gorra, iniciando un gesto de despedida. "Daniel, soy yo!" dijo el uruguayo, que era además el cronista y el amigo. "¿Cómo? ¿Sos vos?". "Sí, soy yo, Gustavo". "Claro, pasaron casi veinte años ¿no?" resumió Daniel. Después, risas por el mal entendido, un frasco de maternal dulce de uvas, y una muñeca para la hija, enviada por seres queridos, convocaron la vieja cercanía y la nueva, gestada en esos años de inquerida distancia. Después el diálogo sólo se vio interrumpido por una feliz coincidencia. Promediando la tarde, a espaldas de ambos suena una voz poderosa: "Yo a este flaco lo conozco". Un abrazo prolongado festejó el imprevisto encuentro entre Ruben Rada y Daniel Viglietti, estirando la charla -- ahora a tres voces -- sobre cosas comunes y experiencias diferentes. Lo que sigue es un resumen de tantas cosas dichas y pensadas por Daniel.

—En tu estadía en Buenos Aires, ¿de qué manera has recibido las noticias que te llegan del Uruguay?
—Bueno, ojalá hubiéramos podido venir antes a la Argentina, aún si ese antes hubiera significado que las noticias no fueran tan prometedoras como son ahora. Ojalá, porque pienso que por algo Artigas soñó unir estas tie-

Reportaje de Gustavo Guadalupe

rras. Hay algo profundamente común, algo que nos une más allá de mapas y de fronteras y de aquí se respira de algún modo lo que es nuestro Uruguay. Coincido con un momento en que se siente una pasión popular, en

el que por mas ancho que sea el Río, llega hasta acá, además a mí me ha llegado directamente por gente que ha venido a escuchar los recitales, los dos del Luna Park o el más reciente en Obras. Lo que he sentido al escuchar voces perfectamente identificables como uruguayas, lo que he sentido viendo banderas (banderas no ma-

nipuladas por manos demagógicas u oportunistas sino banderas tomadas por nuestro pueblo, banderas rescatadas) ha sido muy hondo. Pienso que es imposible en medio de esta gira poder resumirlo, pienso que es algo que haré quizá dentro de pocos días o semanas, cuando empiece a elaborar todas estas emociones... Lo que ha significado encontrár a las madres de los desaparecidos aquí en Buenos Aires, no sólo de los uruguayos, sería limitar un drama que abarca a madres argentinas, a madres latinoamericanas... el encuentro con todas esas madres no sólo en Buenos Aires, en La Plata, en Mar del Plata, en Salta en todos los lugares dónde hice la gira, es otra de las experiencias que más me ha marcado. Pero si tuviera que contar la que más me emocionó, contaría una que me ocurrió en Mar del Plata. Después de terminar el recital llegó un núcleo de gente al camarín a saludar, y de pronto entre ellos surgió una pareja que tendría 17 o 18 años y me abrazaron, así, los dos a la vez, apretadamente y se pusieron a llorar desconsoladamente. No sé, eso tardó tal vez cuatro o cinco minutos, no hubo una palabra... ellos no podían decirme nada, yo también los abrazaba, y se fueron en silencio. Yo no sé quienes son, de qué nacionalidad son, no sé qué les pasó a ellos o que les pasó a sus próximos, pero fue todo un mensaje a través de lo no dicho. Pienso que fue una síntesis de todo ese dolor que se ha acumulado en la gente. Ese dolor que ahora —así es la vida— hay que elaborar y volverlo esperanza, volverlo empuje, volverlo de nuevo a la más profunda confianza en el futuro. Alguna vez una mujer latinoamericana muy importante, que ya no vive, preguntaba cuál era la frontera entre el dolor y la alegría, quién podía poner una línea divisoria entre esos dos sentimientos. Yo creo que efectivamente es muy difícil. Y por eso es que siento que en medio de todo el crecimiento de la esperanza y la alegría, no debemos permitir que nadie nos borre la memoria. Digamos... hay una imagen oscura, una imagen dolorosa de lo que ya empezamos a llamar pasado aunque todavía no lo es... hay una imagen que no se debe dejar encerrar en falsos marcos... una imagen que tenemos que tener grabada por todo lo que significa... esa imagen que significa la libertad, ésa que se escribe con minúscula y que es lo más grande del ser humano. Y ahí está... es un desafío que se nos plantea a todos, seamos cantores, seamos obreros, seamos peones, seamos estudiantes, seamos periodistas, se nos plantea ese desafío: cómo seguir adelante sin caer en el error de no analizarlo y de

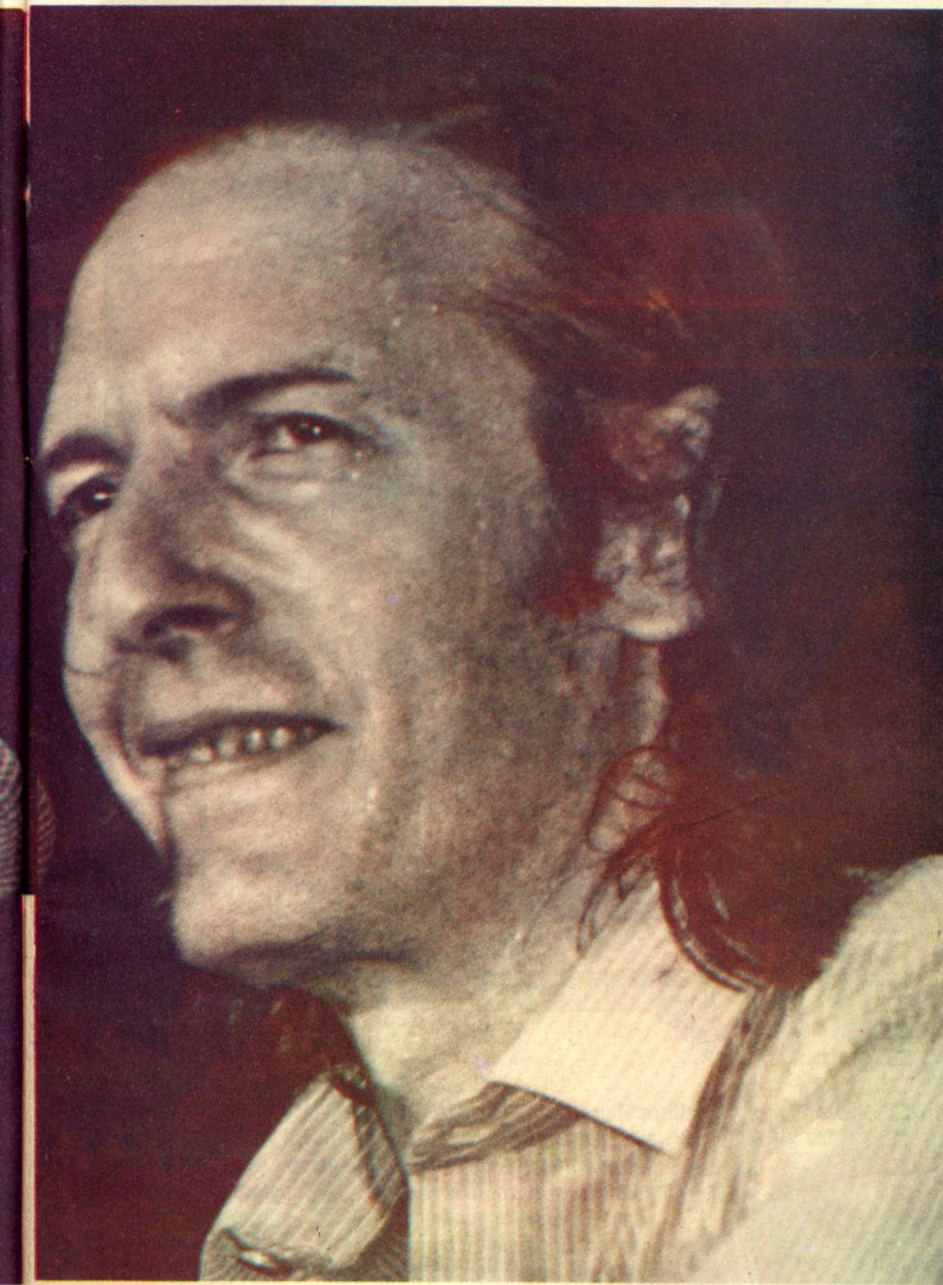


que toda esa enseñanza no se disperse, no se confunda... no se pierda. Esto que digo no es algo que venga de la nada, es algo que he conversado con gente que vino de Montevideo, los uruguayos que están dentro del país y que ahora he tenido más oportunidades que compartir con ellos, o mismo uruguayos que viven aquí. El cantor cumple un poco el papel de espejito, el cantor no es luz. La luz viene de un proceso, viene de las luchas populares, viene de toda esa creatividad popular. El cantor tiene un espejito que algunos llaman guitarra y con eso proyecta mensajes de nuevo. Es un ir y venir. Desde ese punto de la luz es que yo estoy hablando.

—¿Qué evolución tuvo en estos diez años Daniel Viglietti cantor, Daniel Viglietti compositor?

—Yo creo que es bastante difícil

que uno mismo pueda ver su propia evolución. Pero en todo caso creo que la manera más saludable y objetiva sea el momento en que yo pueda comunicar alguna de las nuevas canciones —que no son toneladas pero existen—, en mi reencuentro con la gente en Uruguay. Pienso que es la forma más válida de comunicarse. Yo nunca supe explicar canciones, es muy difícil. Lo que sí puedo decir es que siento en términos generales un cambio de lenguaje. En un cuerpo, como el cuerpo social uruguayo que ha tenido que asumir tantas cicatrices, es lógico que en ese cuerpo la lengua también haya cambiado su uso, o su mensaje. No por eliminación, al contrario, sino por acumulación, por la gente, por el conocimiento de sí mismo, ese pequeño pai-



sito que tenemos dentro y que es importante no olvidar porque trabaja junto con el otro. No puede haber funcionamiento si los dos no están de acuerdo. Todas esas experiencias vitales, sociales, psicológicas, han sido el alimento que nos ha dado el exilio. Han sido el agua de un exilio que está signado por la sed. Pero hay que saber descubrir los jugos que hay en esa sed, digamos las posibilidades de aprender en esa escuela no elegida que es el exilio.

—Durante estos diez años el canto popular uruguayo ha tenido nuevas incorporaciones, ¿qué te ha llegado, qué sabés de los integrantes de este nuevo canto popular?

—En realidad a veces me sorprende de que se nos hable del canto popular en estos últimos años, porque es pensar que nosotros estábamos

más desconectados de los que estábamos de la realidad del país. Estábamos un poquito, porque la distancia es la distancia, un océano es un océano, una carta es una carta, la comunicación se vuelve frágil. Pero hemos estado bastante informados de todo lo que iba pasando. No todo lo que quisiéramos, pero yo en algunos trabajos que he hecho sobre canto popular uruguayo he señalado que prácticamente no hay interrupción en la evolución de la canción popular. Hubo sí un vaciamiento de aproximadamente una docena de cantores de mi generación, y ese hecho que naturalmente es traumático en cualquier equipo cultural, la necesaria lejanía de algunos porque emigraron, de otros porque nos exiliamos, en un traumatismo. Pero lo importante es que fue eso y no un corte. Ya en el año 74 yo

detecto los primeros ejemplos de una canción joven. No voy a dar nombres porque la lista es tan larga y en estos diez años ha habido tanta producción que comenzaré a dar nombres cuando pueda abrazarlos y escucharlos en persona y conocerlos, me parece lo más lógico, aunque tenga muchas ganas de entrar a hablar en detalle. Pero desde hace mucho tiempo he leído a veces entre los propios equipos instrumentales, los nombres de gente que años después figura entre la gente que iba cantando en un movimiento ascendente. De modo que eso me parece muy importante, el canto popular uruguayo no creo que nazca hace cuatro o cinco años. Es algo que está ocurriendo a los pocos meses de salida de algunos de nosotros.

—Durante este tiempo y más aún en los últimos tiempos, en nuestro país han habido algunos periodistas que apostaron al oportunismo, al decir entre comillas que “con la vuelta de la flota” el canto popular desaparecería.

—Bueno, esos periodistas deben tener miedo de que cuando regrese el periodismo de nuestra generación ellos también tengan una crisis de trabajo o de comunicación. Yo no creo en eso. Yo pienso que la legitimidad del canto popular es evidente. Es tan evidente como los diferentes estilos, los diferentes niveles de calidad, tan evidente como que todo movimiento lleva en sí factores creativos de desarrollo, de experimentación... yo siempre insisto o en todo caso rescato, los aspectos más buscadores o audaces de la canción popular uruguayo actual... y todo movimiento tiene también aspectos más conservadores, más apegado a lo tradicional y allí también hay niveles de calidad y puede haber trabajos serios y trabajos que no lo sean. En una palabra hay lo bueno y lo malo, y lo regular. El tiempo, como ha ocurrido siempre con todo trabajo cultural, irá de alguna manera señalando cuáles son los valores que permanecen y cuáles son las que sirvieron para una oportunidad. Pero es innegable que en el canto popular uruguayo hay una resultante, hay un núcleo de gente que ya tiene una validez y en todo caso es hermoso que al regreso de otra generación que tuvo o tiene un cierto nivel de validez, se abracen los dos sectores y se produzca esa síntesis que a mí me parece que va a ser estupenda, ya que ambas en su nivel, no por dolorosas han dejado de ser creativas, han dejado de inventar, han dejado de seguir defendiendo la vida.

—En los últimos tiempos ha habido otro fenómeno de importancia, la creación de ADEMPU, Asociación

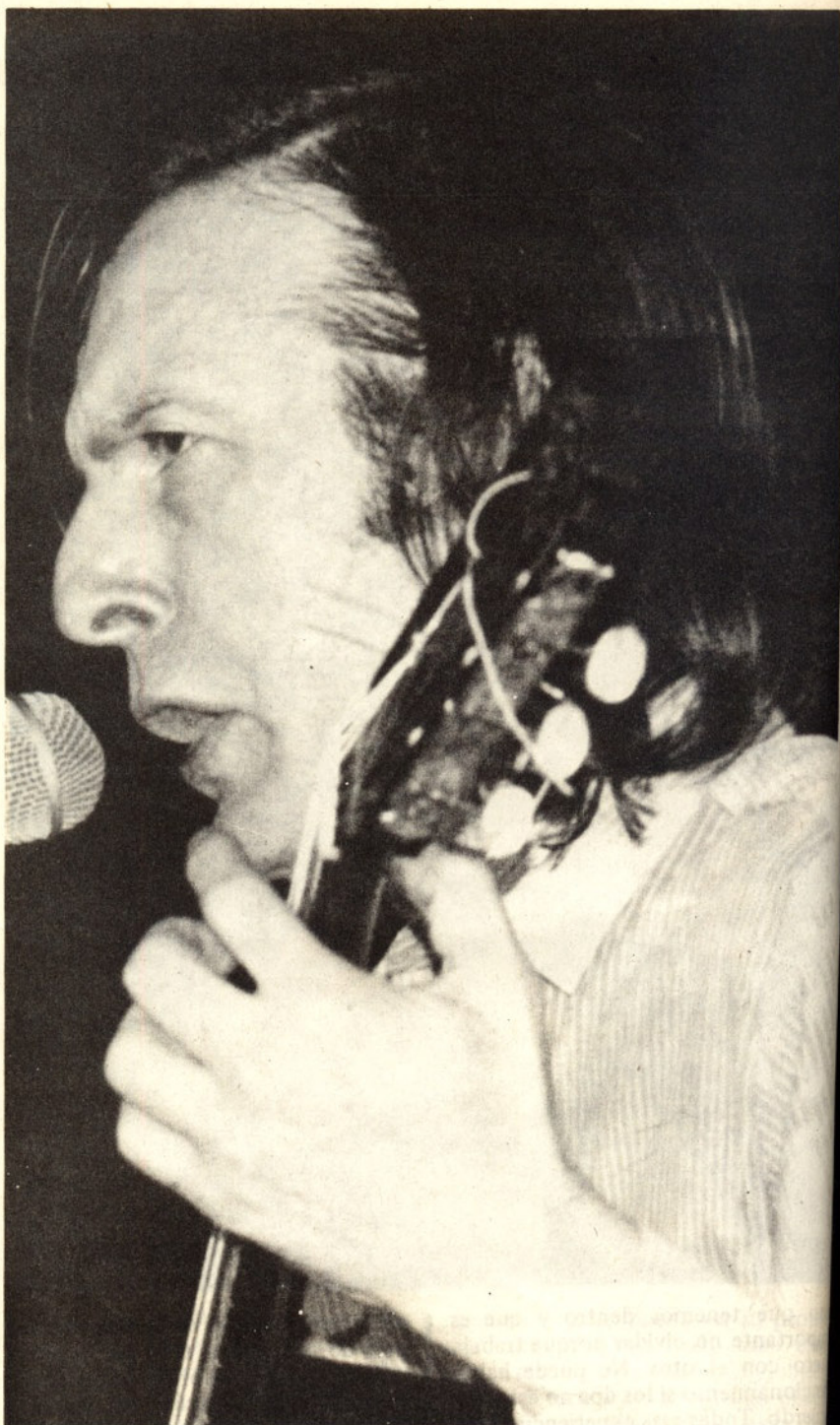
de la Música Popular Uruguaya. ¿Cómo recibiste la formación de esta asociación de carácter unitario, que abarca a la totalidad de los músicos populares uruguayos?

—La recibí con mucha alegría, y la recibí sintiendo la sensación de que ahora, la suma de tantas voces, y el desarrollo que ha tenido el movimiento, y las vías que se han abierto en los medios de prensa, me hizo pensar en las experiencias que se intentaron a fines de la década del 60, cuando creamos el *Centro de la Canción Popular Uruguaya*, alrededor del cual se fue nucleando mucha gente. Se hicieron diversos espectáculos —que se llamaron *Uruguay Canta*— que son un antecedente, por primera vez todos los cantores de un cierto género que no se sabía muy bien cómo definir, participaban de un mismo espectáculo. Esa experiencia se frustró por las dificultades históricas que fueron sobreviniendo, y es hermoso ver como ahora otra generación edita su propia experiencia y espero que nosotros podamos dar un aporte en medio de todo ese trabajo.

—¿Cuáles son tus planes futuros, inmediatos?

—Mi plan futuro inmediato es ir ahora hasta una disquería aquí cerca, en Corrientes, y buscar algunos materiales que son difíciles de encontrar. Sea en Francia o en otros países, particularmente en Europa, es difícil encontrar ese tipo de música, música latinoamericana que a mí me interesa. Y a veces en giras a México o a Venezuela tampoco es tan fácil como puede pensarse. Sobre todo la música que yo busco que es uruguaya y argentina. De manera que me voy a ir a revolver los estantes de discos. Y seguramente me voy a acordar cuando esté buscando esos discos, que hace unos trece o catorce años, en una situación similar, y en una disquería de Corrientes se me acercó una joven y me saludó, me dijo que era paraguaya y tomamos un café juntos. Yo le dije que cada vez que oía hablar de Paraguay me acordaba de una muchachita, prácticamente una adolescente,

que hacía varios años había sido secuestrada y que los secuestradores le habían marcado en su piel la cruz gamada, la cruz nazi. Y mientras le decía eso, veía que ella iba sintiendo algo interno muy fuerte, casi era la sensación de cuando se abre una flor. Y me dijo "soy yo". Con el acento de la y griega que tienen los paraguayos. Era Soledad Barret, que aparte de todo lo que para mí significa su memoria —fue asesinada en Brasil— también es una de las canciones nuevas que algún día podré cantar en Uruguay.



—¿Cuándo volvés a Europa?

—Vuelvo a Francia el lunes próximo. Tengo que estar en Francia para completar algunos programas radiales que tengo pendientes, luego cumpliré varios conciertos, los primeros en España. Aquí en Argentina he terminado el armado de las grabaciones en vivo de los conciertos del Luna Park, y por supuesto, dentro de mi tarea de cantor, voy a ver las posibilidades de que comience a editarse material no sólo en Argentina sino también en Uruguay. Eso ya entra dentro de factores ajenos a mi voluntad. Como

también es ajena a mi voluntad la entrada o no al país, por el momento. Espero que esa expectativa que tenemos fuera, los que somos o no somos cantores —la suma de uruguayos que está esperando el retorno es muy larga, son miles y miles— espero que esa circunstancia encuentre un camino que surja la posibilidad de volver al país, como algo tan natural como lo es el hecho de volver a su tierra.

—¿Cuándo pensás que podrá implementarse ese retorno?

—Es difícil ponerle fecha. Porque hay dos almanaques: el almanaque del corazón de uno, y el otro.